

## **Una “gran lección”**

**León Trotsky**

**17 de octubre de 1913**

(Versión al castellano desde “Une ‘grande leçon’”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 297-302. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 287, 17 de octubre de 1913.)

El Sr. Miliukov ha comenzado a publicar una serie de artículos en *Reč* sobre el tema de la “responsabilidad” por la derrota búlgara. La publicación de estos artículos, en los que se erige en juez objetivo de los errores de otro pueblo, coincide con la publicación en *Novoe Vremia* de artículos violentamente antibúlgaros en los que se explica, con un toque de malicia y amargura, que los “hermanos búlgaros” de ayer fueron, con toda razón, víctimas de su chovinismo.

El mero hecho de que los ritualistas de *Novoe Vremia* lancen ahora tardíos truenos y rayos contra el chovinismo búlgaro debería dar que pensar. Cualquier hombre honesto podría preguntarse si los propagandistas de la imprenta de la calle Ertelev y sus jefes no son, por casualidad, ellos mismos responsables de este rito diplomático que requiere el derramamiento de sangre búlgara. ¿Acaso no han aparecido manchas de sangre comprometedoras en las paredes de la guarida de Suvorin? El Sr. Miliukov, que se ha obstinado todo el año en avalar la diplomacia rusa a los ojos de los búlgaros, y al gobierno búlgaro a los ojos de la opinión pública rusa, habría hecho mejor en evitar el más bien delicado papel de juez objetivo de los errores búlgaros. Si durante la primera guerra de los Balcanes ya expresamos la idea de que no podía definirse como *liberadora*, debido a las consecuencias que inevitablemente se derivarían de ella, ahora que estas trágicas consecuencias se han verificado finalmente, el deber de un político ruso no es, en nuestra opinión, ir a buscar, en primer lugar, a los culpables a las orillas del pequeño río Vladaya, sino más bien a las de otro río que se encuentra mucho más al norte. En cuanto a los búlgaros, entendidos como tropa, es decir, como víctimas y no como organizadores de la catástrofe, son ahora casi unánimes en su respuesta a la pregunta: “¿Quién es el responsable?”

La vida económica no tolera interrupciones. Cientos de carros llenos de trigo para la venta procedente de los fértiles campos del Cuadrilátero llegan diariamente a Mangalia. La nueva frontera búlgaro-rumana, que atraviesa el Cuadrilátero de Varna, ha traído el comercio a Constanza. Esta larga fila de carros procedentes del Cuadrilátero me evoca toda la epopeya de *este año loco*. El año pasado, en septiembre, los mismos hombres abandonaron sus hogares y, enrolados en las divisiones de Silistra y Preslav, emprendieron su primera campaña, marchando hacia Kirklareli y Lüleburgaz hasta Çatalca. Más tarde fueron trasladados a la frontera serbia en Sultan-Tepe y, tras más combates, regresaron a Bulgaria y fueron enviados a casa. Cuando volvieron a casa, tuvieron que aceptar que ahora eran ciudadanos rumanos. Echando pestes y maldiciendo a su nueva patria, estos hombres tuvieron que cargar su trigo en carros y dirigirse al norte, hacia Mangalia y Constanza. La vida económica no admite interrupciones.

Al caer la noche, me siento en agradable compañía en una taberna llena de humo: un antiguo profesor de las escuelas populares, el secretario de una comunidad de aldea (llamado memorialista en nuestro país) que conocí en Bulgaria, un viejo gagaúzo ciego del pueblo de Valala, seco como un trozo de madera, con las manos temblorosas y estropeadas por el trabajo; un joven gagaúzo tartamudo, un campesino búlgaro

acomodado que había cursado hasta el noveno grado; un mecánico de Balčik que pertenecía a la facción tesnjak del partido socialista y dos o tres hombres más que no abrían la boca. Los gagaúzos son un pueblo de orígenes misteriosos. Viven en veintiséis pueblos del distrito de Varna, hablan turco en su mayoría y pertenecen a la iglesia búlgara, aunque gravitan hacia la iglesia griega. Se oponen casi simétricamente a los pomacos, pueblo de pura raza búlgara, que hablan búlgaro pero profesan la religión de Mahoma y miran hacia Turquía.

Tengo en mis manos una carta que acabo de recibir de un soldado búlgaro. Está fechada el 22 de julio y me ha llegado tras un periplo por Viena y Bucarest. Mi amigo Ivan Malkazanov, pastelero de profesión, soldado del 61º regimiento, 9ª compañía, 2º pelotón, dos veces herido, dos veces dado de alta en el hospital y dos veces devuelto a las zonas de combate, me escribe desde el frente serbio tras la firma del armisticio. “Nuestro pueblo está agotado, se ha dejado llevar a la ruina por políticos estúpidos. Hemos aprendido una gran lección”. Y añade inmediatamente después: “Pero no nos han vencido: si Rumanía no hubiera intervenido contra nosotros, la victoria habría sido nuestra”. Estas dos ideas son el núcleo de la conversación en la taberna. Y entonces surge una tercera: la amargura provocada por el comportamiento de Rusia.

- Ladrones de gallinas, estalla el maestro. Se refiere a los rumanos en tono despectivo. Ladrones de gallinas internacionales: son la causa de nuestra ruina. ¿Los serbios nos ganaron? Tonterías. Los griegos, que nos superaban en número al menos cuatro a uno, ganaron una batalla, pero los serbios no llegaron a ninguna parte. Y si ellos y los griegos pudieron hacerse con Macedonia, fue porque los rumanos nos atacaron por la espalda.

- Ladrones de gallinas, eso es lo que son, sostiene el joven gagaúzo. Seis gendarmes rumanos enviados a nuestro pueblo de Spasovo se comieron casi todos nuestros pollos.

El odio a los rumanos se ha convertido en la pasión nacional búlgara, sobre todo en el noreste. En medio de los horrores y las locuras de la guerra, un pueblo beligerante conserva, en cualquier caso, la capacidad de medir lo que está bien y lo que está mal, aunque sea de forma distorsionada. Fueron a la guerra contra los turcos, los griegos y los serbios, por lo que es obvio que les guarden rencor. Con Rumanía es diferente. Incitó a los demás a ir a la guerra, esperó y calculó, y luego, cuando Bulgaria ya no podía más, salió de su guarida, como un enorme insecto, y empezó a desollarla... Este comportamiento desencadenó una ola de odio que aún hoy puede sentirse...

- No podíamos creer lo que veíamos cuando atravesamos las ciudades por las que ya había pasado el ejército rumano. Éramos casi cinco mil reservistas desarmados que regresábamos a Plevna y pasábamos por una pequeña estación ocupada por los rumanos. Uno de nosotros gritó algo desde el techo de los primeros vagones. Los oficiales rumanos, en su presunción, confundieron nuestros gritos de odio con saludos. De pie en el andén, nos respondieron con señales de mano muy amistosas. A los rumanos se les dan muy bien estas cosas, no como a nosotros los búlgaros... se habría echado usted a reír si hubiera visto la escena. Nuestra gente estaba furiosa. Todos los convoyes gritaban: “¡Fuera, fuera, aquí no hay polenta para vosotros!” Agitaban los puños desde los techos de los vagones, gritaban, silbaban y lanzaban los pocos insultos que sabían en rumano. Desde los techos y a través de las ventanillas les arrojaban todo lo que tenían a mano: patatas, vendas sucias, peladuras de sandía. Por suerte el tren pasó sin detenerse, de lo contrario sin duda habría habido incidentes.

- Escuche esto, interrumpe el maquinista. Ha llegado a Rusčuk un ruso llamado Rodin, uno de los marineros del Potëmkin. Es un buen hombre, lo conozco. Fue deportado de Rumania con su esposa rumana y su hijo. ¿Y sabe lo que pasó? Al oírlos hablar en

rumano, la turba, armada con cuchillos y palos, atacó a Rodin y a su familia. Los pobres tuvieron que refugiarse en la comisaría.

- ¿Quién es el responsable de nuestras desgracias? se pregunta el memorialista. Sí, ¿quién? Yo lo tengo muy claro: Danaev y Fernando. Retiraron la cabeza cuando los fabricantes de polenta apretaron la soga.

- ¿De qué partido es usted?, preguntó el profesor al empleado.

- Del partido de los jóvenes liberales, responde este último, casi disculpándose.

- Un toncevista, dice el *tesnjak* con gesto desdeñoso.

- ¿Y qué?, replica el joven liberal, echando humo. Puede decir lo que quiera, pero al menos nunca hemos sido esclavos de la política rusa, nunca hemos estado colgados de los labios de los diplomáticos en San Petersburgo. Al menos no puede culpar a Tončev de eso. Rusia nos jugó una mala pasada, eso lo entendería hasta un recién nacido. Al comienzo de la guerra contra Turquía, Rusia incitó a Serbia a traicionarnos. No querían que tomáramos Andrinópolis porque podrían necesitarla para defender Constantinopla. Cuando de todos modos tomamos Odrin y avanzábamos hacia Çatalca con artillería pesada, Rusia nos obligó a detenernos con amenazas, prometiendo al mismo tiempo que intentaría conseguirnos Macedonia a cambio. Mientras tanto, Rusia alentaba a Rumanía de todas las maneras posibles. Y fue Rusia la que nos impidió rechazar la usurpación serbia. De acuerdo con los rusos, los turcos volvieron a los lugares que habíamos conquistado. Por último, Rumanía nos atacó por la espalda, pero, a fin de cuentas, no era más que un instrumento de Rusia.

Se hizo el silencio por un momento y todas las miradas se volvieron hacia mí. Yo también elegí el silencio.

- Luchamos toda la campaña contra Serbia, añadió el profesor dirigiéndose a mí, a costa de sacrificios indecibles, vergüenza y humillación. Ahora que todo ha terminado, estamos convencidos de que la diplomacia rusa es la culpable del terrible calvario que tuvimos que soportar. Rusia quería humillarnos, castigarnos por ser “ingobernables” y por atrevernos a perseguir nuestros propios objetivos en lugar de los de su diplomacia. Cuando tomamos el monte Kitka, cerca de Sultan-Tepe, que era una posición muy importante, nos llegó una orden inesperada. “Retirada”. ¿Pero cómo? ¿Por qué deberíamos retirarnos? ¿Qué demonios está pasando? Nos enteramos de que era por razones políticas. Danaev corrió a derecha e izquierda, confundiendo a todo el mundo, pero al final intentó hacer lo que la diplomacia de San Petersburgo le ordenaba, que era retirarse. Pero los soldados se negaron a obedecer sus órdenes. Nos negamos a abandonar el monte Kitka y mantuvimos a raya a los oficiales. Resistimos tres días. Entonces, el estado mayor anunció de repente que los rumanos marchaban hacia Sofía. Teníamos que ir a su encuentro. En realidad, la gente de allí no tenía ninguna intención de resistir a los rumanos, sólo querían que obedeciéramos las órdenes de retirada. Así que abandonamos nuestras posiciones. Pero nuestros líderes volvieron a cambiar de opinión. Se dieron cuenta de que la diplomacia rusa ya no nos apoyaría, así que nos ordenaron retomar el monte Kitka.

- ¡No pueden imaginarse lo que pasó en el ejército! La cancillería diplomática en San Petersburgo estaba jugando a la gallinita ciega con Danaev. Él mismo había discutido con Savov. Nos habíamos abierto paso entre los cadáveres para conquistar una posición, luego, cuando la tomamos, nos dieron la insensata orden de abandonarla y finalmente nos dieron la orden de reconquistarla. Los soldados decidieron no avanzar más y no permitir que los serbios lo hicieran tampoco. Decidimos quedarnos donde estábamos. Durante cinco días seguidos, rechazamos los intentos serbios de abrir una brecha en nuestro frente. Finalmente, nadie en nuestras filas, ni en las de los serbios, quiso luchar ni avanzar. Había llegado el momento de poner fin a todo. Compañías enteras de ambos bandos se rindieron

voluntariamente y los soldados se entregaron como prisioneros de guerra. En nuestro sector, entre Sultan-Tepe y Gjueševo, las tropas se negaron a obedecer órdenes. No había disciplina. Los oficiales se esforzaron en no dejarse ver. Los soldados búlgaros y serbios confraternizaron y decidieron dejar de luchar entre sí; incluso eligieron una comisión conjunta para definir las fronteras entre ellos y resolver cualquier controversia. El 8 de julio se acordó un armisticio de facto en este frente, mucho antes de que se anunciara el armisticio oficial. No sé si seremos capaces de recomponernos después de todo lo que hemos pasado, pero, en cualquier caso, ya no confiamos en Rusia. A partir de ahora, mantendremos esta posición. ¡Hemos aprendido una gran lección!

- Y ahora, añade pensativo el maestro, volveremos a la vida normal. Cortaremos la leña, llevaremos el trigo al mercado, enseñaremos a los niños nuestra lengua (si los rumanos nos dejan), fabricaremos botas... Pero, compéndalo, no podríamos volver a la vida normal si no tuviéramos en mente la idea de vengarnos de nuestros conquistadores. Ni un solo búlgaro puede aceptar lo que ha pasado. Todos pensamos en la venganza.

- Sí, todos, sin excepción, continúa el mecánico, interrumpiendo el discurso del profesor. Pero cada uno a su manera. Nuestros miserables gobernantes sólo piensan en reunir fuerzas para llevar a cabo otro ajuste de cuentas con nuestros vecinos cercanos. Nosotros, en cambio, estamos convencidos de que primero debemos ajustar cuentas con los responsables de nuestras desgracias en cada país, y después, uniendo nuestras fuerzas, podremos construir un nuevo orden en los Balcanes.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)